esa hostia es el Cordero siempre vivo, aunque siempre sacrificado, y que el sacrificio siempre consumado no la destruye jamás. Así en la sucesión de los siglos no hacemos más que lo que Él hizo, y lo hacemos en memoria suya; pero la memoria ó conmemoración es idéntica al objeto cuyo recuerdo perpetúa. . . . . (1).

NOTA. Aquí el manuscrito se halla también incompleto, y carecemos del final de esta segunda parte y de la conclusión de todo este discurso.

(1) Pontifex noster ille est qui hostiam mundantem nos pro nobis obtulit: Ipsam offerimus quæ tunc oblata est, nec consummi potest, Hoc in commemorationem fit ejus quod factum est; non aliud sacrificium sicut Pontifex; sed ipsum semper facimus. *(San Juan Crisóstomo.)*

SERMÓN

SOBRE LA CRUZ.

PARA LA FIESTA DE LA INVENCIÓN DE LA SANTA CRUZ (1).

Nos autem gloriari oportet in Cruce Domini Nostri Jesu Christi, per quem salvati et liberati sumus. (Introitus Misæ.)

Debemos glorificarnos en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por la cual hemos sido salvados y libertados.

Con estas palabras, tomadas del Apóstol San Pablo, comienza la Iglesia la misa de la festividad de la Invención de la Santa Cruz, que se celebra en este día.

Con esas mismas palabras comenzaré yo también la explicación de los grandes misterios cuyo recuerdo vamos á celebrar durante el mes consagrado, especialmente á la Madre de Dios.

Y en efecto, por la Cruz, Jesucristo, satisfaciendo á la justicia divina, ha conquistado la salvación del hombre, ha esparcido la luz, ha traído la gracia, ha fundado la esperanza, ha abierto el cielo, ha desarmado al infierno, ha santificado la tierra y ha cambiado la faz del mundo entero. Sobre la Cruz, y por la Cruz, ha ejercido las más nobles funciones, ha obrado los más grandes prodigios,

(1) Pronunciado el 3 de Mayo, durante el Mes de María.

ha derramado sobre nosotros todas las riquezas de su bondad: en fin, de la Cruz proceden, y á la Cruz se refieren todos los misterios del Dios Redentor, y en la Cruz se encuentra y se resume toda la Religión.

Es, pues, razonable, es justo y necesario que la Cruz, que ha sido el instrumento de la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, sea también la materia y el asunto de la gloria del cristiano libertado y salvado por la Cruz. *Nos autem gloriari oportet in Cruce.*

De las grandezas de la cruz voy, pues, á hablaros hoy. Tendré que demostrar el rango eminente que Jesucristo la ha dado en la obra de la Redención, y el rango eminente que debe obtener en el ejercicio del culto cristiano. Así aprenderemos doblemente á honrar y á emplear con fruto este signo sagrado de gracia y de bendición.

Virgen augusta, Madre de Dios y Madre nuestra, que habéis compartido de una manera tan íntima los dolores de la Cruz; Vos, que habéis participado también de todas sus glorias, interponed vuestra poderosa intercesión para que podamos comprender y celebrar el misterio de la Cruz. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Los judíos habían tomado el partido de desembarazarse del inocente Jesús dándole muerte. Pero no bastaba á su rencor satánico que Jesucristo muriese: querían que sufriese la muerte más ignominiosa y degradante. La elección no podía ser dudosa: era preciso condenarle al suplicio de los esclavos, al suplicio de los más viles criminales: era preciso hacerle morir en el patíbulo de la cruz.

Aquel suplicio no estaba admitido en las leyes judías, pero sí en las romanas. Hé ahí por qué los judíos con-

dujeron á Jesús del tribunal de Caifás al de Pilatos (1).

No obstante, como ha observado el Evangelista, los judíos, al pedir que Jesucristo fuese crucificado, no hicieron más que coadyuvar al cumplimiento de todas las profecías, y de la que el mismo Jesucristo había hecho declarando que moriría en una cruz (2), Dios, en sus inescrutables decretos, había hecho la elección antes que fuese dictada por el furor que ofuscaba á los judíos.

Hé ahí, pues, añade Teophilacto, la invencible sabiduría y el invencible poder de Dios, que hace servir para el cumplimiento de sus designios el crimen mismo y la perfidia de sus enemigos. Por odio á Jesucristo, los judíos querían que fuese sacrificado, pero tan estúpidos como malvados, no hicieron más que prepararle, aun sin conocerlo, el género de muerte que ya había elegido Él mismo por amor al hombre (3).

Lo que decidió la elección de Dios, fué que en aquel género de muerte se encontraba reunido todo lo que podía poner en relieve el hermoso título de Redentor, y facilitar sus más sublimes funciones. Entremos en pormenores.

Todo pecado, dice Santiago, deriva de la concupiscencia, como de una fuente emponzoñada que se infiltra en la carne (4). Por eso San Pablo, con tanta filosofía, llama á la concupiscencia el cuerpo del pecado (5). Era preciso, pues, para expiar todo pecado, que el Hombre Dios, que se había colocado en el lugar del hombre, solamente hombre, inmolase la concupiscencia, órgano del pecado,

---

(1) Pessimo enim genere mortis occidi innocentem hoc est crucifigi desiderant. *(Teophilact.)*

(2) Ut sermo Jesu impleretur quem dixit: significans qua morte esset moriturus. *(San Juan,* XVIII, 31.)

(3) Judæi de morte turpissima cogitabant: sed à Domino. iis non intelligentibus electa erat. *(Theophilact.)*

(4) Concupiscentia parit peccatum.

(5) Corpus peccati.

en todas sus ramas, en todos sus movimientos, en todos sus desórdenes y en todas sus pretensiones.

Pues bien; ese sacrificio completo de la concupiscencia no podía tener lugar sino en el suplicio de la cruz. En todos los demás géneros de muerte no se experimenta más que un solo padecimiento; en la cruz únicamente, según la observación del grande intérprete *Cornelio à Lapide*, se experimentan á un mismo tiempo todos los padecimientos de los demás generos de muerte. En ella se sienten en las manos y piés las punzadas y el corte de la cuchilla: en todo el cuerpo la tirantez del caballete, las desgarraduras de los garfios de hierro, la mordedura de los animales feroces en lo exterior, y la quemadura del fuego en lo interior (1). Sobre la cruz se sufre en todos los miembros, en todos los huesos, en todas las fibras. Sobre la cruz, el oprobio se une al dolor, y al oprobio la desnudez. Por manera que las tres ramas de la concupiscencia, el orgullo, la codicia y la sensualidad, que constituyen el cuerpo, y como la sustancia del pecado, se encuentran sacrificadas á un mismo tiempo; y no sólo el alma y el cuerpo, sino también todo sentimiento del alma, toda parte del cuerpo, sufre su padecimiento y su dolor particular en este horrible suplicio.

Tal es, según San Atanasio, la primera razón por la que el Redentor, entre todos los géneros de muerte, eligió y prefirió el de la cruz: quiso, por ese medio, sufrir todas las clases de dolores, porque se había decidido á expiar toda especie de pecado: quiso inmolar el pecado en todas las ramas de la concupiscencia, que es su principio, su origen y su aliciente (2).

Más ¿cómo es posible que el Hijo de Dios haya inmo-

(1) Crux manus pedesque secat ut gladius, corpus distendit ut equuleus, lacerat ut ungula, laniat ut bestia, urit ut focus. *(Corn. à Lap. in Math.)*

(2) Crux est expiatio et remedium concupiscentiæ, quæ fons et origo est omnium peccatorum. *(San Atanasio.)*

lado sobre la cruz, en sí mismo, la concupiscencia, el cuerpo del pecado, el que ha sido el único Hijo del hombre, concebido sin la concupiscencia y sin el pecado? Para penetrar en cuanto es posible ese misterio, es necesario recordar estas dos grandes y capitales verdades de la teología, tocante á la Redención: primera, que el Verbo Eterno, al hacerse hombre, no tomó la humanidad fuerte, impasible, inmortal, tal como estuvo en Adan inocente, sino la humanidad débil, sujeta á padecer, y mortal, en una palabra, tal como se encontró en Adán prevaricador; en fin, como dice San Pablo, tomó una naturaleza humana tal, que sin tener la carne del pecado, tenía toda su semejanza: *In similitudinem carnis peccati.* La segunda verdad que debe recordarse es, que el Verbo eterno, al hacerse hombre, no tomó la carne de un individuo, de un solo hombre, sino que tomó la carne de toda la especie humana, la naturaleza de la humanidad.

Habiendo, pues, tomado una carne sujeta á los padecimientos, semejante á la carne del pecado, sin tener en su carne enteramente santa y divina el desorden y el vicio de la concupiscencia, pudo muy bien sufrir su pena y su castigo. Por otra parte, habiendo tomado la naturaleza común á todos, pudo representarnos á todos, pudo satisfacer por la concupiscencia de todos, y como dice San León, pudo proporcionar la reconciliación de todos (1).

Hé aquí, pues, el grande y profundo misterio que San Pablo nos ha descubierto cuando nos dice: «Nosotros predicamos á Jesucristo crucificado:» lo cual en realidad, es como si nos hubiese dicho: «Contemplad ese santo cuerpo violentamente extendido y descoyuntado sobre la cruz: todos sus huesos se hallan dislocados por

(1) Per eum agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura. *(San León.)*

la fuerza atroz de la tensión; sus carnes, desgarradas por la flagelación, no presentan ya más que llagas lívidas; las llagas de sus piés y de sus manos agujereados por clavos, se dilatan con el peso del cuerpo; la cabeza no puede apoyarse en parte alguna sin ser profundamente traspasada por las espinas; la lengua no encuentra en el viñagre y la hiel más que un brebaje emponzoñado; el cuerpo virginal, despojado de sus vestidos, se halla expuesto á las burlas groseras é indecentes de un pueblo embrutecido; su nombre es un objeto de blasfemia; sus títulos de Hijo de Dios, de Rey, de Mesías, son puestos en ridículo y reprobados como crímenes; sus oídos tienen que sufrir tanto como sus miradas; su cuerpo es presa de horribles tormentos, y su alma se halla poseida del más indecible desconsuelo. Nada en su torturada humanidad obedece á la concuplscencia. El hombre entero es inmolado.»

Pues bien; esa horrible crucifixión no es la de Jesucristo sólo, es también la crucifixión de todos nosotros. Porque, en efecto, Jesucristo ha tomado en ella el lugar de toda la humanidad culpable, y sostenido su papel ignominioso. El hombre del pecado, la humanidad entera, es también condenada, crucificada é inmolada en Él. Por consiguiente, ha sido expiado todo pecado, y destruida, ó al menos paralizada en sus funestos efectos, toda concupiscencia, principio, cuerpo y causa del pecado (1).

¡Oh profundo consejo de la sabiduría de Dios, que eligió la cruz para hacernos sensible una verdad, que cualquiera otro género de muerte del Redentor hubiera dejado desconocida y oculta!... No tenemos más que mirar á Jesucristo sobre la cruz, para comprender al punto quién es el que se encuentra en ella, y por qué se encuentra allí. Nosotros mismos nos vemos simultáneamente crucificados en Jesucristo y con Jesucristo. Pero tenemos la certidumbre de que cada uno de nosotros, crucificado en Él y con Él, ha satisfecho á la Justicia divina: que el cuerpo del pecado que nos separaba de Dios, ha sido destruido por nosotros, si nuestra ingratitud no le hace revivir; y que en adelante nada puede impedirnos el encaminarnos hacia Dios y unirnos á Él. *Nos scimus quia vetus homo noster*, etc.

(1) Nos scimus quia vetus homo noster crucifixus est, ut destruatur corpus peccati. *(Rom.*, VI, 6.)

La segunda razón por la que Jesucristo escogió la muerte de cruz, fué la de que quería librarnos de la maldición del pecado. Para comprender bien esta segunda razón, es necesario acordarnos de que, según la ley de Moisés, entre los culpables que sufrían la pena de muerte por causa de sus crímenes, sólo eran execrables y malditos á los ojos de Dios los que morían sobre una cruz (1).

¿Y por qué eso? ¿Qué tenía de particular el suplicio de la cruz para hacer tan execrable al que era condenado á él? La Sagrada Escritura nos lo enseña. Se refiere de Absalon que, huyendo del ejército victorioso de su padre y rey, contra quien se había rebelado, quedó colgado de las ramas de un árbol, en las que se enredaron sus largos cabellos, y atravesado de lanzadas, quedó allí suspendido: espectáculo execrado de los hombres y de Dios. Pues bien; de la misma manera Adan, rebelado contra Dios, su Padre y su Rey celestial, quedó como clavado con todos sus deseos y concupiscencias en el árbol hacia que había alargado su mano sacrílega, y fué allí atravesado por la lanza de Satanás, que le había vencido: por consiguiente, incurrió en la maldición divina, que hiere á toda inteligencia rebelada contra la ley de Dios (2). Esa maldición, con el pecado del primer padre, fué trasmi-

(1) Maledictus à Deo qui pendet in ligno. *(Deuter.* XXI, 23.)
(2) Maledicti qui declinant à mandatis tuis. *(Salmo* CXVIII, 2.)

tida á sus desgraciados hijos. Y puesto que el suplicio de la cruz era el único que representaba aquella terrible catástrofe y renovaba el júbilo del ángel apóstata, con el recuerdo de la caída y de la ignominia del género humano, aquel suplicio era y debía ser soberanamente odioso á los ojos de Dios y de los hombres: *Maledictus à Deo qui pendet in ligno.*

Era, pues, cierto que el hombre crucificado no era maldito por lo que era, sino por lo que representaba, y la maldición exterior y legal que sobre él pesaba no era más que la figura de la maldición invisible, pero real, en que habían incurrido todos los hombres por consecuencia del pecado. Es verdad que todos los hombres no estaban sometidos á la ley de Moisés, pero no lo es menos que la maldición impuesta por esa ley al hombre crucificado, les concernía y tocaba á todos, porque todos habían pecado en Adan y con Adan, y todos habían sido crucificados y maldecidos en él y con él. Pues bien; siendo Jesucristo esencialmente Santo y bendito en su persona de Hijo consubstancial de Dios, no podía tomar sobre sí la maldición interior, formal, real, en que había incurrido Adan, para sí y toda su posteridad.

¿Y qué fué lo que hizo? Según San Pablo, consintió en ser crucificado como un criminal, y de ese modo tomó sobre sí la maldición exterior, figurativa, que la ley había pronunciado contra todo hombre que muriese en la cruz: hizo más; tomó sobre sí la tristeza y el tedio que no merecía su inocencia, pero á que eran acreedores los crímenes de la humanidad. Entonces se presentó á la vista de los hombres y del mismo Dios, no sólo como un hombre, sino también como la maldición personificada (1): y por el mérito de su grande y profunda humillación, borró la maldición invisible en que los hombres habían

(1) Factus pro nobis maledictum. *(Gál.*, III. 13.)

incurrido, y que había sido reducida á una fórmula clara y precisa por la maldición de la ley: en fin, mereció que la bendición divina, con todas sus consecuencias; la bendición divina prometida á Abraham, esa bendición perteneciente en propiedad al Hijo de Dios, Jesucristo, el segundo Adan, se extendiese á todos los hombres, á quienes había alcanzado la maldición del Adan primitivo (1).

¡Misterio profundo!... ¡Teología sublime, oculta en el misterio de la Cruz!... ¿Qué otro suplicio hubiera podido presentárnosla de una manera tan sensible, y revelárnosla tan claramente? La Cruz, pues, por lo mismo que era el único suplicio cubierto de maldición y de oprobio, proclama altamente que nuestra antigua maldición ha sido abolida: que, si no la resucitamos locamente con nuevas faltas, no puede ya alcanzarnos; y que del árbol de la Cruz, como del verdadero árbol de vida, no desciende jamás sino la bendición de Dios y la paz, por la que le llegamos á ser agradables y benditos como sus hijos.

La tercera razón por la que el Redentor de los hombres escogió el madero de la Cruz para morir en él, fué porque el hombre había pecado y caído por el árbol. Por el fruto del árbol prohibido, Adan fué seducido y arrastrado á la rebelión: por aquel árbol funesto, Satanás triunfó del primer hombre, y le hizo su esclavo con toda la humanidad. Y pues que el Redentor quiso morir por reparar esa gran ruina, era conveniente y conforme á la Justicia divina que muriese por el árbol y sobre el árbol. Así, dice San Máximo, el hombre era salvado por el mismo medio que había perecido, y lo que había sido para el hombre un veneno mortal, se convertía en remedio y en

(1) Christus redemit nos de maledicto legis, factus pro nobis maledictum. *(Ibid.)*

manantial de vida (1). La Iglesia expresa el mismo pensamiento en su liturgia: «A fin, dice, que la vida brotase de nuevo del mismo manantial de donde había salido la muerte, y que Satanás, que había triunfado por el árbol, fuese á su vez por el árbol para siempre vencido.»

Reconoced, pues, hermanos mios, cuán grandiosa y magnífica es la historia y la filosofía de la Religión; cómo se enlazan sus misterios, se aclaran, se explican uno por otro, y concuerdan y se armonizan en un conjunto esplendoroso y completamente divino. Cualquiera otro género de muerte que por amor nuestro hubiera podido sufrir el Salvador, habría dejado en la oscuridad esas misteriosas analogías entre el pecado y la reparación. Pero la Cruz, mejor que todos los discursos, nos revela que ese árbol, plantado en medio de una tierra santa, es el remedio del mal causado por ese otro árbol que fué plantado en medio del paraíso terrenal. La Cruz nos descubre relaciones inefables entre el Eden y el Calvario, entre el segundo Adan y el primero, entre la enfermedad original y su contraveneno: ella nos presenta como en un cuadro el plan y la economía de toda la Religión.

Las tres razones que acabo de exponer, por las que Jesucristo, queriendo morir en nuestro lugar, había debido preferir la muerte de la cruz, son relativas á la naturaleza de su ministerio. Hé aquí ahora otra cuarta, que pertenece á la dignidad de su persona: la muerte de la cruz era la más propia para demostrar la libertad de su sacrificio.

Ese grande sacrificio fué voluntario; Jesucristo no fué inmolado sino porque así le plugo (2). Y porque ese sacrificio fué voluntario por parte del Hijo de Dios, fué un sacrificio verdadero y de una eficacia infinita en favor de aquellos por quienes era ofrecido. Para marcar esta circunstancia de su oblación, había dicho: «Nadie podría quitarme la vida contra mi voluntad, pero voy á darla yo mismo, para recobrarla cuando lo juzgue á propósito (1).

(1) In ligno configitur ut quia homo per arborem concupiscentia deceptus fuerat, per arborem salvaretur: et eadem materia quæ fuerat causa mortis fieret remedium sanitatis. *(San Máximo.)*

(2) Oblatus est quia ipse voluit. *(Isaías,* LIII, 7.)

Cualquier otro género de muerte que el Salvador hubiera sufrido, no podía menos de ocultar esa grande é importante verdad. Si hubiese sido herido ó golpeado como Abel, colocado sobre una hoguera como Isaac, aserrado como Isaías, apedreado como Zacarías, decapitado como San Juan Bautista, ó degollado como las víctimas del templo, hubiera parecido que sucumbía á una fuerza exterior, á un golpe asestado de afuera. No hubiera parecido árbitro de su último momento: su muerte habría parecido el efecto de una coacción extraña, y no de su voluntad interior: habría parecido morir, no en el momento elegido por él mismo y por su propia voluntad, sino en el momento escogido por la brutalidad de sus verdugos. La circunstancia más noble, la más augusta de su sacrificio, hubiera quedado oculta. Hubiera podido suponerse la libertad de su muerte, pero no se hubiera tenido la prueba visible de ella. No se hubiera visto en Jesucristo al morir más que un cordero mudo inmolado por una fuerza exterior, y no al Gran Sacerdote que, con una libertad é independencia soberanas, debía inmolarse á sí propio, víctima y sacrificador á un tiempo mismo.

Mas la crucifixión es un suplicio que, por más atroz que sea, no da la muerte en el momento apetecido por el ejecutor; causa una muerte lenta, difícil, prolongada y llena de tormentos; su agonía dura largo tiempo. Es-

(1) Nemo tollit animam meam à me, sed ego pono eam à meipso, et potestatem habeo ponendi eam, et potestatem habeo iterùm sumendi eam. *(San Juan,* X.)

cogiendo, pues, ese género de muerte, Jesucristo se propuso el poder decir sobre la Cruz todo lo que había premeditado: quiso llamar á la muerte con un grito todopoderoso, y atestiguar de ese modo que Él mismo entregaba su alma á Dios antes que la extenuación de sus fuerzas y la extinción del calor vital hubiera hecho necesaria su muerte. Así demostró que su muerte no tanto era el efecto del rencor de los judíos, cuanto de su amor á los hombres. Demostró también que era el dueño absoluto de su vida, y que, como él mismo había predicho, deponía aquella vida á su arbitrio, para volverla á recobrar cuando quisiese (1).

En fin, la muerte de cruz, al mismo tiempo que manifestaba la dignidad y el poder del Redentor, hacía sensibles los efectos de la Redención: y esa fué la quinta razón por la que el Hijo de Dios eligió y prefirió ese género de muerte.

El Hombre-Dios había sido constituido en los decretos eternos como mediador entre el cielo y la tierra y entre Dios y el hombre, para que hiciese cesar, por la efusión de su sangre, la enemistad que los separaba, y que sin Él hubiera sido eterna. ¿Qué otro género de muerte que el de la cruz podía convenir mejor á semejante ministerio? La cruz, en efecto, apoyándose en la tierra por su base, y elevándose por su punta ó extremidad hacia los cielos, ¿no hizo sensible la acción mediadora del que se hallaba clavado en ella? Sí; por su altura nos dice que esa mediación se eleva hasta el Trono de Dios para aplacarle, y por su profundidad nos advierte que puede descender hasta los infiernos y desarmar á su príncipe. Extiende sus brazos hacia los dos Polos, y proclama de ese modo que puede llegar al Norte y al Mediodía, al Oriente y al Occidente, para atraer á Jesucristo y agrupar en un

(1) Nemo tollit eam à me, sed ego pono eam á meipso. *(San Juan*, x, 18.)

conjunto á los hijos de Dios diseminados por la superficie del mundo entero. Así se realiza el grande designio que Jesucristo había predicho en estos términos: «Cuando yo esté levado sobre la tierra, lo atraeré todo á mí (1).»

Por la cruz, Jesucristo fué suspendido en el aire, y nos muestra, dice San Atanasio, que con su muerte purificó la tierra de los espíritus malignos y de las potestades aéreas que la infestaban (2).

Por la cruz fué colocado entre el cielo y la tierra, y nos indica, dice San Juan Crisóstomo, que ha abierto y trazado el camino que se había perdido, por el cual se puede subir desde la tierra á los cielos (3). Por ese medio nos declara también, dice San Ambrosio, que Él es el puente de misericordia por el cual ha quedado restablecido el paso primitivo entre el destierro de acá abajo y la patria celestial (4). Y por ella, en fin, nos manifiesta, dice San Cipriano, que Jesucristo es la verdadera escala de Jacob, que restablece entre un Dios Padre y los hombres, sus hijos, las antiguas comunicaciones de preces que suben y de gracias que descienden, de méritos que se ofrecen y de recompensas que se obtienen (5). La cruz, en fin, nos enseña que Jesucristo es ese pacificador universal que reconcilia al cielo y á la tierra con su sangre (6).

Tales son las maravillas de la Cruz que Dios, durante largos siglos, se ha complacido en simbolizar, en predecir en todos los grandes hechos, en todas las espléndidas figuras del Antiguo Testamento. Porque la Cruz es el

(1) Ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad meipsum. *(San Juan*, XII, 32.)

(2) Moriens in cruce à dæmonibus expiat aërem *(San Atanasio)*; ut etiam ipsius aëris malum mundaretur, sicut est terra sanguinis stillatione mundata. *(San Agustín.)*

(3) Christus crucifixus est ut viam nobis ad cœlos aperiret. *(San Juan Crisóstomo.)*

(4) Ut cœlestibus quæ priùs erant et terrena sociaret. *(San Ambrosio.)*

(5) Cruce scalam inferioribus ad occursum Patris erexit. *(San Cipriano.)*

(6) Pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quæ in terris, sive quæ in cœlis sunt. *(Coloss.*, I, 20.)